

M

MARROCHI, HÉCTOR IVO



MARROCHI, HÉCTOR IVO

Nombre: Héctor Ivo Marrochi

Nacimiento: 1933, Santa Fé

Fallecimiento: 4 de octubre de 2009, Tucumán

Trayectoria: Escritor de sólida formación intelectual. Nació en Santa Fe pero emigró a la ciudad de S. M. de Tucumán siendo aún un niño. Autor de 18 libros. Comenzó a escribir desde joven poesías, cuentos, ensayos y hasta varias obras de teatro (para grandes y para chicos también). Obtuvo varias distinciones provinciales, nacionales y extranjeras. Fue finalista en el IX Concurso de Obras de Teatro Tirso de Molina, celebrado en Madrid (1979). Recibió la medalla al mérito de la SADE filial Tucumán (1982) y fue declarado "Escritor del año" por la Dirección de Cultura municipal (1992). Libros destacados: "Lord Cachorro", "Los habitantes del siglo", "Cuentos de sombra y luz", "Coexistencias" y "Homogramas".

M

El Canto Tardío

Desde chico, Tigo Rojas aprendió a entonar canciones con la memoria, sin mover los labios ni producir sonido alguno. Si fue por vergüenza, reserva o prohibición, nadie lo supo. Pero cuando ya fue grande, todos los sonidos de todos los cantos conocidos y aun de los desconocidos, estaban apretados en su alma, pujando por salir. De modo que cuando se internó en los cañaverales a cantar por vez primera, su canto trajo un cansancio como venido de muy lejos, un aplacamiento nostálgico y gutural, un relajamiento profundo y adormecedor. Trajo una esencial y abierta ensoñación.

Su canto adormecía a la gente, a los pájaros, a los caballos y a las mulas, a los árboles -que declinaban mansamente su ramaje verde hasta tocar el suelo- y también a las aguas de los ríos cercanos, que iban deteniendo lentamente su corriente cristalina en el mayor silencio, para oír mejor. Y hasta las mismas piedras se iban volcando despacito hacia su lado más plano, buscando el modo de escuchar en buen reposo.

Ese primer canto de Tigo Rojas tuvo una duración de diez lunas continuadas. Aunque en lo sucesivo no hubo otros. Cuando una noche se dio un descanso y se quedó dormido, la gente y las cosas se fueron despertando del mágico letargo y del embrujo. Entonces aprovecharon para hacerle alrededor una jaula de madera fresca y colgarla a la primera nube que pasaba. No había otro remedio. Todos los saludaron cuando recomenzó su canto allá, justo en el borde azul del horizonte. Pero había sido el único remedio. Pobre Tigo Rojas -decía la gente-, ahora cantará al vacío, más allá de las montañas.

Desde entonces, en el pueblo de que hablo, niños y ancianos, hombres y mujeres cantan en voz alta, para no correr el riesgo de estar entonando mudamente en la memoria, y de lanzar un canto tan tardío que deban ser colgados en una jaula de madera fresca a la primera nube pasajera, rumbo al infinito azul del horizonte.